

¿Qué es pensar por sí mismo?



¿Te has puesto a pensar alguna vez por qué nos educan sistemáticamente para obedecer? En principio suena lógico aceptar que la sociedad necesite de normas y reglas, y que obedecerlas garantiza, en cierta forma, la convivencia. Por otra parte, aceptamos que vivimos en un sistema jerárquico, multiplicado en diferentes esferas (laboral, familiar, educativa, social, gubernamental etc.) amparadas en rígidos mecanismos y procesos. Es decir, que nos manejamos a través de reglas y de órdenes (en el sentido de mandatos) para cumplir nuestras tareas diarias con plena efectividad.

No obstante, las reglas que nos imponen no siempre son adecuadas, razonables ni benévolas. Y mucho menos lo son las autoridades que las quieren hacer cumplir. Además, no siempre los mecanismos para gestionar

procesos de cumplimiento son óptimos o funcionales. Una norma, por ejemplo, puede ser muy beneficiosa, pero el mecanismo para hacerla cumplir puede estar viciado por múltiples intereses y/o falta de lógica en la cadena de mando. Esto, sin mencionar las dificultades naturales que se dan muy a menudo debido a la (in)comunicación humana.

Lo cierto es que estamos rodeados de miles y miles de reglas, de las cuales poco tenemos conciencia. Muchas de ellas son muy obvias, pero otras no tanto; algunas de

Ambos experimentos tendrían que alertarnos sobre la enorme relevancia que adquiere la cualidad de pensar por sí mismo. Esta característica, tan propia de nuestra especie, es quizás una de las más invisibilizadas y malentendidas dentro del sistema educativo.

ellas pueden ser contraproducentes e, incluso, perjudiciales. Sin embargo, el punto aquí es: ¿cuán capacitados estamos para darnos cuenta? Si siempre nos han enseñado que obedecer es una virtud, y que ser obediente equivale a ser “bueno”, ¿cómo podemos saber si esa obediencia responde a una genuina capacidad de pensar por nosotros mismos? Y si esta condición es baja o mediocre, ¿no sería una contradicción entonces pretender el logro de individuos libres y responsables en nuestros niños y jóvenes?

El tema de la obediencia ciega ha sido estudiado desde siempre a lo largo de la historia. Mediante las lentes de la filosofía, la religión, la política, la psicología, la sociología, entre otras, se ha buscado entender (e incluso manipular) este rasgo vital de nuestra existencia. En un plano más terrenal, nos encanta soñar con que los niños nos obedezcan. Los niños pronto se acostumbran a obedecer porque constatan que, a la larga, es lo que más les conviene.

Obedecer es el pasaje directo para ser aceptados y queridos. Y si bien muchas de las reglas les son convenientes y han sido establecidas para su propio bien, llega un punto en el que, a fuerza de obedecer, ya no saben diferenciar cuándo una norma es absurda y perjudicial y cuándo no lo es. Es decir, dejan de pensar por sí mismos.

Uno de los experimentos más famosos de la historia de la psicología es el llamado Experimento de Milgram (en realidad una serie de experimentos), publicado en los años sesenta del siglo pasado, con un título muy sugerente: los peli-gros de la obediencia.

El experimento tuvo lugar poco después del juicio contra Adolf Eichmann por crímenes contra la humanidad. Eichmann era el encargado del programa nazi de deportación de los judíos hacia los campos de exterminio. Stanley Milgram, quien fue el que diseñó este experimento, se preguntaba sobre los móviles que llevaron a Eichmann (así como a otros tantos de la Alemania nazi) a comportarse como lo hicieron. ¿Se trataba de personas frías, calculadoras, psíquicamente enfermas, o simplemente seres corrientes que solo seguían órdenes? Buscaba entender hasta qué punto la gente estaba dispuesta a seguir órdenes de una figura de autoridad, aun cuando estas órdenes estuvieran en conflicto con sus propios valores.

Los detalles sobre cómo se condujo este experimento y quiénes participaron en él se encuentran fácilmente en internet (animo a buscarlo y estudiarlo). Sorpresivamente, se pudo observar que la mayoría de los participantes mostraron mayor disposición a “infringir daño” a otras personas, motivados por una obediencia ciega a la “autoridad”, la cual, en este caso, era el conductor del experimento. Fueron muy pocas las que se rebelaron y se negaron a continuar.

Con este experimento se pudo comprobar, por ejemplo, la tesis de Hanna Arendt, una de las más

grandes pensadoras del siglo XX, quien afirmaba que algunas personas actúan dentro de las reglas del sistema al que pertenecen, sin reflexionar sobre la repercusión de sus actos; que son más proclives a cumplir órdenes dadas. A esto lo llamó “la banalidad del mal”. Así, Eichmann habría hecho lo que hizo, no necesariamente porque era un tipo sádico y malvado, sino porque era un burócrata anodino y sin imaginación, presto a seguir y cumplir órdenes.

Otro experimento interesante de mediados del siglo pasado nos lleva a reflexionar sobre la tendencia que tenemos los seres humanos a seguir el criterio de los demás (o de la mayoría), por encima de las propias convicciones y principios: es el llamado Experimento de Conformidad de Asch. Mediante este experimento se buscaba estudiar hasta qué punto los individuos se someten a las presiones de grupo cuando estas van en contra de la realidad (o del sistema).

Ambos experimentos tendrían que alertarnos sobre la enorme relevancia que adquiere la cualidad de pensar por sí mismo. Esta característica, tan propia de nuestra especie, es quizás una de las más invisibilizadas y malentendidas dentro del sistema educativo. ¿Dónde quedó la capacidad de cultivar el asombro, la curiosidad, el cuestionamiento? ¿O la motivación de hacernos preguntas que nos inciten a indagar, a ir más allá, a atrevernos a explorar e investigar?

Pensar por sí mismo tendría que llevarnos a plantear incluso la razón o pertinencia misma de la educación. ¿Por qué el sistema educativo no nos enseña a desobedecer? ¿Puede una desobe-

diencia sana ser la llave de una verdadera libertad, basada en la responsabilidad y la conciencia? ¿Qué papel juega aquí el libre albedrío? ¿Por qué vemos como incompatibles la disciplina y la inspiración?

Ciertamente, no es fácil de responder. Quizás por esto, los adultos hemos preferido no meternos con el tema de inculcar esa cosa tan incómoda y nebulosa de “pensar por sí mismo”. Nos conformamos con fomentar, a veces, la libertad de expresión, o de dar cierto margen a la diversidad de opiniones. Pero, como hemos visto, esto no es suficiente.

Trabajar en el desarrollo de pensar por sí mismo implica cierta valentía y ensuciarnos las manos. Requiere indagar, idear y brindar herramientas para que cada ser humano en formación fortalezca su mente y su espíritu; para que se sienta seguro y confiado de que sus actos están respaldados por principios y no por reacciones viscerales; para que pueda mostrar con dignidad aquello que lo hace humano y no lo que lo degrada como autómatas; para que pueda reírse de sí mismo.

Por eso, hoy más que nunca, cuando vivimos inmersos en un mar de información, cuando las redes sociales ejercen una enorme presión en crear pensamiento único y colectivo a través de la cultura del *like*, cuando en general hemos olvidado quiénes somos y hemos dejado de lado el sabio precepto de “conócete a sí mismo”, el llamado no está ya en enfocarnos en la adquisición de conocimientos y de títulos, sino en recuperar, con urgencia, eso que nos hace singulares, libres y especiales: pensar por nosotros mismos.